

PAGINAS ILUSTRADAS

REVISTA SEMANA

AÑO III

Director, Próspero Calderón

Nº 96

MEDALLONES SALVADOREÑOS



Señorita Francisca Panamá

Fot. Chávez

San José, Costa Rica — América Central — 27 de mayo de 1906

TRADUCCIÓN DE JOSÉ FABIO GARNIER

Para Páginas Ilustradas

[Continúa]

JUAN (*se sienta algo separado del sitio en que se ha sentado Ana*). El crepúsculo!... La hora de los antiguos recuerdos.

ANA.—Y de las bellas leyendas (*se levanta; se sienta en la silla del piano*).

JUAN (*se levanta, da algunos pasos y se detiene detrás de Ana*). Toque algo, unas cuantas notas. Me contento con unas cuantas notas, no pido otra cosa.

ANA.—No sé tocar.

JUAN (*como reprendiéndola*). No diga usted eso. Es que no quiere.

ANA.—Hace seis años que no me ejercito... la primavera pasada empecé á recordar algunas cancioncillas tristes que oí á mi madre.

JUAN.—Una de esas... Toque una de esas cancioncillas tristes..... Está bien... usted no quiere causarme un placer (*pausa*).

ANA.—Si supiera algo alegre!..... (*Juan se sienta en un ángulo, permanece meditando*)... La época en que vivimos es una gran época. Me parece que algo que nos oprimía se va apartando de nosotros.... ¿No le parece también á usted?

JUAN.—¿Cómo?

ANA.—Por una parte nos oprimía un oscuro fanatismo, por la otra una ansia de libertad nos oprimía también.... Ahora esa tensión dolorosa ha terminado; el siglo veinte sopla sus auras frescas y libertadoras.... ¿No le parece, señor Doctor?.....

JUAN (*después de una pausa*). ¿No quiere usted tocar?

ANA.—No; ahora debo decirle que mis vacaciones han terminado y que me veo obligada á partir (*Juan se levanta, suspira y recorre la estancia*). Señor Juan, ya veo que también nosotros podemos caer en los errores de los débiles. Es preciso mirar siempre el bienestar común obligándonos un poco de nosotros mismos (*pausa*).

JUAN.—¿De veras quiere usted partir?

ANA (*con firmeza*). Sí, señor Doctor.

JUAN.—Me sentiré diez veces más solo que antes.... Pero no hablemos de eso.....

ANA.—Es que he escrito á Zurich que estaré allá el sábado ó el domingo á más tardar.

JUAN.—¿Por qué tanta prisa?

ANA.—Por muchas razones. (*Pausa*).

JUAN (*pascándose*). ¿Es necesario sacrificar lo ganado á las malditas conveniencias sociales?... ¿Es un daño para los padres que su hijo se haga más bueno y más serio?... ¿Es un daño para una mujer que su marido crezca espiritualmente y se ennoblezca?

ANA.—Señor Doctor, las malas pasiones!..... Acuértese que usted piensa de una manera diversa á aquella de sus padres, y la opinión de ellos es distinta de la de Catalina... Eso es todo.

JUAN.—Eso es todo y eso es lo horrible para nosotros.

ANA.—Y para los demás también, señor Doctor. (*Pausa*).

JUAN.—¿No decía usted que no nos debíamos someter á la opinión de los demás, no hacerse dependiente de?...

ANA.—¿Pero cuando se es dependiente?.....

JUAN.—Es verdad..... Desearía ser completamente libre!...pero..... usted..... ¿por qué toma la defensa de los otros?

ANA.—Porque los quiero también á ellos con amor sincero (*pausa*). Varias veces me dijo usted que presentía un estado de comunidad más noble entre el hombre y la mujer.

JUAN (*con calor y pasión*). Sí, lo presentio y existirá un día. Entonces no será el bruto quien ocupará el puesto principal entre los hombres. No se unirá el animal al animal sino que se juntará el sér pensante al sér pensante. La amistad será la base sobre la cual se fundará ese amor indisoluble. Yo presentio algo todavía más alto, más noble, más sublime..... (*se interrumpe y mira á Ana*). Si no estuviera tan oscuro, señorita, habría sorprendido una sonrisa en sus labios. ¿He adivinado?

ANA.—Señor Doctor, no; esta vez no he sonreído. Es cierto que al oír esas palabras se despierta en mí algo de ironía..... Pero, admitamos que en nuestras relaciones ha habido ideales altos y nuevos.

JUAN (*turbado*). ¿Y lo duda usted? ¿Debo presentarle pruebas? ¿Siente usted por Catalina otra cosa que no sea una tierna afeción? ¿Mi afecto hacia ella se ha disminuído? Al contrario, se ha hecho más fuerte y más profundo!

ANA.—¿Pero, quién, después de mí, lo creará?.... ¿Y eso impedirá que Catalina sucumba?..... No me gusta hablar de nosotros dos..... Admitamos que ese nuevo estado de perfección sea comprendido por todo el mundo. Siempre es el germen delicadísimo de una plantita débil que es preciso rodear de cuidado..... ¿No lo cree usted así, señor Doctor?..... Pues bien, el objeto de una vida puede ser el de cuidar esa planta y dejarla á nuestros hijos ya más fuerte y dispuesta á la lucha por la existencia.

JUAN.—¿Y de eso deduce usted que debemos separarnos?..... Y si Catalina se reanimara, si pudiera levantarse á la altura de esta hermosa idea?

ANA.—Si Catalina se reanimara y..... viviéramos los tres juntos.... entonces..... yo no tendría confianza en mí misma como no la tengo ahora. Hay dentro de mí como hay dentro de todos algo que lucha incesantemente, con las nobles aspiraciones y podría..... quién sabe!..... talvez llegar á vencer, señor Doctor.

SRA. VOCK. (*viene por la puerta que da á la escala con una lámpara no encendida en la mano. Habla volviéndose hacia atrás*). Esto está muy oscuro. Encenderé la lámpara. Espere un poco, señor Braun, haré de modo que parezca.... (*Juan tose fuerte*). ¿Quién está aquí? (*asustada*).

JUAN.—Nosotros, mamá.

SRA. VOCK.—¿Eres tú, Juan?

JUAN.—Nosotros, la señorita Ana y yo.... ¿Quién está allí fuera?

SRA. VOCK. (*indignada*). Debías haber encendido la lámpara.... No me gusta.... así en la oscuridad (*enciende la lámpara. Ana y Juan no se mueven*). Juan!

JUAN.—¿Qué deseas?

SRA. VOCK.—¿Quieres venir conmigo un momento? Tengo que decirte una cosa.

JUAN.—¿No puedes decírmela aquí, mamá?

SRA. VOCK.—Si no tienes tiempo disponible para hablar conmigo, dílo de una vez.....

JUAN.—Voy en seguida. (*A Ana*) Con permiso, señorita (*se va con la señora al cuarto de estudio; Ana toca el piano, canta en voz baja, acompañándose. Entra Braun y ella deja de tocar*).

ANA (*girando con la silla del piano*). Buenas tardes, señor Braun.

BRAUN.—Perdóneme si la interrumpo. Buenas tardes.

ANA.—Se le ve á usted muy poco.

BRAUN.—¿De veras?

ANA.—Muchas veces he oído preguntar por usted.

BRAUN.—¿A quién?... A Juan seguramente no.

ANA.—La señora Catalina. *(Pausa)*.

BRAUN.—He venido, señorita... para hablar á usted... seriamente.

ANA.—Usted... conmigo?

BRAUN.—Sí, señorita Ana.

ANA *(se levanta)*. Está bien. Escucho *(se sienta cerca de la mesa, toma un ramo de flores y se entretiene en arreglarlo y desarreglarlo)*.

BRAUN.—Me es muy penoso hablar de esto; mejor sería dejar correr el agua si no se tratase de cosas que pueden tener muy graves consecuencias.....

ANA *(mirando el ramo)*. Qué bonito ramillete!... Continúe, señor Braun.

BRAUN.—Al verla tan distraída debo pensar que talvez usted no sepa de qué se trata y que ignore la gravedad de la situación..... *(Ana sigue cantando en voz muy baja)*. En fin, se tiene una conciencia y no viendo otro remedio, señorita, llamo á su conciencia.

ANA *(después de una pausa breve, con ligereza)*. ¿Sabe usted lo que dijo León X sobre la conciencia?

BRAUN.—No lo sé, señorita, y confieso que en este momento me importa muy poco.

ANA.—Dijo que es un animal maligno el cual facilita al hombre las armas contra sí mismo... Pero... continúe, señor, escucho.

BRAUN.—Es claro como la luz del día... Es imposible que no vea usted que se trata de la vida ó de la muerte de una familia entera. Me parece que una sola mirada á la señora Catalina quita toda duda al respecto.....

ANA *(seria)*. ¿Se trata de eso?... adelante.

BRAUN.—Sí, de eso, de sus relaciones con Juan.

ANA *(enojada)*. Señor Braun!... Le he escuchado porque creí de mi deber escuchar á un amigo de mi amigo; pero ahora lo que usted añada, lo oír á el viento. *(Braun duda un momento, luego se vuelve, toma su sombrero y su gabán y se aleja con la fisonomía de un hombre que ha hecho lo posible y ve la inutilidad de sus tentativas. Cuando sale, Ana tira las flores al suelo, empieza á recorrer la estancia, luego se calma y bebe un vaso de agua)*.

SRA. VOCK. *(entra, mira á su alrededor ansiosa, luego se acerca rápidamente á Ana, se asegura que están solas)*. Estoy en una angustia... á causa de mi querido Juan... Juan es tan violento... y yo tengo una cosa que me pesa horriblemente... No puedo callarla, señorita... señorita Ana *(con cara suplicante)*.

ANA.—Sé lo que usted quiere.

SRA. VOCK.—¿Ha hablado con usted el señor Braun?... *(Ana quiere responderle que sí, le falta la voz y rompe á llorar)*. Señorita Ana... por caridad... Si viene Juan ahora... señorita... señorita...

ANA *(serenándose)*. Ha sido un momento de debilidad... ya pasó, señora, no tema usted... Es tan doloroso para mí verme en esta situación!

(Continúa)



F. Calderón, S.C.

SAN JOSÉ, COSTA RICA. CASA DE PROPIEDAD DEL LICENCIADO DON CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ,
ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El mirador de América

Al distinguido americanista Excmo. Sr. D. J. Pando y Valle

Preciosos, sublimes, son los Alpes, con sus nieves eternas, ricamente coloreadas por los reflejos del sol al caer de la tarde; variados y encantadores los Pirineos, con sus quiebras profundas, los caprichosos giros de sus arroyos, sus ramblas y vericuetos; imponente el Vesubio, con su cabellera de humo destrenzada al viento; pintorescas las aromadas vegas andaluzas, con sus risueños cármenes; bellísimos los vergeles que la fantasía helénica soñó, y dignas de admiración las grandiosas osamentas de las civilizaciones muertas. El soberano Amazonas arrebató y suspende el ánimo del viajero, y ante aquel caudal enorme de aguas, la mente más prosaica inflámase y pródigo prorrumpe el labio, ya en delicados exámetros, ya en sonoros alejandrinos. Las cóleras oceánicas inspiran al más torpe entendimiento, al alma menos artística, y ante las cataratas del Niágara, al fragor con que el río se despeña, estrellándose en el rocaloso fondo del oscuro precipicio y abriendo abanicos de espuma, el poeta, palpitante, conmovido, exclama como Heredia:

“Traed mi lira”. etc.

Sí; hay cordilleras sublimes, espléndidos mirajes, deliciosos vergeles é imponentes cascadas; pero, á mi juicio, poco hay comparable al espectáculo que se contempla desde la atrevida cumbre del Irazú.

Yérguese este volcán sobre el maciso de montañas que domina á la República de Costa Rica, una de las más pequeñas de América. Estridido en la cordillera central, se levanta como un cíclope en medio de una serie de volcanes, alcanzando la altura de 11,600 pies sobre el nivel del mar.

Una fresca mañana, sin más compañero que un guía, robusto campesino de esos de machete en cinto y chaqueta al hombro, emprendí la ascensión del coloso, cuya cumbre ornaba con sus nácares la aurora.

Dejamos las risueñas faldas, donde mil torrentes se destrenzan en pedregosos cauces, formando estrepitosas cascadas que, por su brillantez, traen á la memoria aquellos arroyos de líquidas perlas y rubíes, esmeraldas y topacios deslumbradores que caían en ánforas de alabastro de luciente plata entre los mármoles y el pórfido de las mansiones orientales.

Subimos penosamente por un estrecho camino espiralado. A ambos lados advertíamos profundas quiebras, oscuras cavernas y rocas calcinadas al parecer, por el rayo. El monte aparecía abierto por un costado, cual si Roldán hubiese ensayado allí el filo de su espada. Nuestras valientes cabalgaduras embpezaban á mostrarse fatigadas. El sol, ese ardiente sol del trópico, nos quemaba las espaldas. A nuestros pies extendíase, como un océano de verdura sembrado de perlas, el delicioso valle que riega el Reventazón.

La del almuerzo sería cuando alcanzamos la altura de mil metros.

Nos detuvimos al pie de un cedro gigantesco, recostando nuestros doloridos miembros sobre la menuda hierba de una minúscula planicie, y dimos principio á nuestra frugal comida.

Movía un viento fresco suavemente la copa de los altos *jaules*; mil pintados pajarillos regalaban nuestros oídos con los ricos arpegios de su dulcísima garganta, mostrando entre las ramas de las esbeltas *liras* sus brillantes plumajes, ya verdes, ya amarillos, ya rojos, ya azules; una bandada de papagayos levantó el vuelo, poblando el aire de estridentes gritos; millares de mariposas de muy variados colores revolaban en nuestro derredor; alguno que otro encantador monillo asomaba el rostro picaresco y asombrado por entre las hojas de los árboles; un hilillo de agua surgía del fondo de una pequeña gruta tapizada de musgo; la naturaleza lujuriosa del trópico mostrábase allí en todo su esplendor. Doquiera estrechaban y detenían la vista enormes árboles cuyas retorcidas ramas, sembradas de parásitas, entrelazábanse formando pórticos grandiosos, pabellones de verdura, bóvedas sombrías, glorietas primorosas; los robustos troncos erguíanse como columnas góticas, corintias y jónicas de un templo gigantesco de floridos capiteles, rematado por graciosos minaretes en una encantadora confusión de estilos, donde la línea severa de los dorios alternaba con la elegante del Renacimiento y con la curva poética de los arquitectos árabes; flexibles lianas colgaban, como boas constrictores y serpientes de cascabel, y de los frondosos *cuajiniquiles*, y otras mil enredaderas tendían entre árbol y árbol delicadas redes y finísimos encajes. En aquella Alhambra natural, millones de arbustos recamados de flores y escondidos entre la maleza incensaban el ambiente, cual ricos pebeteros de oriental mansión.

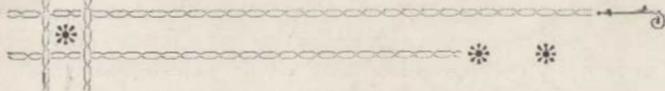
Diríase que entre la espesura, en deliciosa armonía con la naturaleza, Adán y Eva desnudos andaban como en la primera edad.

Tan exuberante muéstrase allí la vegetación, aún no tocada por la mano del hombre, virgen como el planeta el primer día de la vida, que el viajero, admirado, se forja la ilusión de que el "fiat" bíblico acaba de retumbar en los labios de Jehová.

Impórteles poco á los lectores saber que allí el desaliñado zurcidor de este escrito, ante aquel prodigioso y variado espectáculo, asistiendo al perpetuo génesis de la naturaleza, entre aquellos manantiales de vida que surgían del abundoso seno de la madre tierra, sintióse también Quijote, y, tomando en la mano, no un *puño* de bellotas, sino de flores y hojas, soltó la lengua á discretísimas razones que, como prudente, guarda y calla hasta mejor ocasión.

Aligeradas de un peso las alforjas, satisfecha nuestra hambre y descansados nuestros músculos, embridamos de nuevo los caballos, que muy regocijados pastaban en una ladera defendida por un cinturón de rocas, y continuamos la difícil marcha en demanda de la cumbre.

A medida que subíamos, hacíase más agria la pendiente, la vegetación aparecía menos lozana y el frío era más intenso. Fatigados, molidos, casi sin aliento, llegamos á una pequeña explanada cuando ya el sol con desmayados rayos doraba el horizonte. Desmontamos, y en una quebrada del coloso, convertidos en Robinsones, formamos una especie de choza entrelazando delgadas ramas y cubriendo los huecos con palitroques y hojas.





Doña Lydia Troyo de Corredor Latorre

Distinguida señora cartaginesa, hija del notable y recordado hombre de negocios don J. R. Rojas Troyo, y de la virtuosa matrona doña Dolores Pacheco de Troyo.

Cuenta veinticuatro años de edad, y hace próximamente seis, que unió su suerte á la del apreciable caballero colombiano don Jorge Corredor Latorre. Desde entonces vive en París con todo el decoro que le permiten sus rentas y las prendas personales de su exquisita cultura. Hoy posee varios idiomas, y su temperamento esencialmente artístico, ha encontrado atmósfera propicia en el gran centro donde mora.

Es una representación la más cumplida del buen tono de nuestra mejor sociedad, y orgullo á la vez de la colonia costarricense radicada en el Viejo Mundo.

Hace tres meses se trasladó á España con su marido, que iba en misión oficial á la Coronada Villa, y allí ha sido objeto de las atenciones de grandes personajes de la Corte. Actualmente reside en Málaga.

Su irrefragable corrección y aristocrática belleza, y el aire de dulzura, revelador de una alma ingenua y bondadosa, hacen de esta graciosa dama una de las flores más apreciadas de nuestro vergel tropical.

R. M. Q.

El frío aumentaba. Dejamos las cabalgaduras pastando la menuda yerba que en la ladera crecía (asegurándolas antes con gruesos *mecates* á unos arbustos), encendimos una pequeña hoguera para alejar las serpientes y otras alimañas muy comunes en esos sitios, y después de una cena muy regular, nos envolvimos en nuestras mantas, zamoranas para mayor regocijo de nuestros temperamentos tropicales, poco prendados de lo extranjero, y embargó-nos el sueño con tal pesantez que no fueron parte á despertarnos ni los relinchos de los caballos, ni los rayos del sol que por innumerables resquicios penetraban en nuestra improvisada habitación, caldeándonos el rostro.

Despertamos al fin, gozosos y bien dispuestos á llegar á la cumbre. Frescas brisas matinales lleváronse bien pronto la bruma que ceñía al monte, y á poco cabalgábamos, en tanto que con muchos y regocijados trinos las aveillas saludaban el despertar de la naturaleza.

Enormes peñascos amurallaban el estrecho y áspero camino, trayéndome á la memoria los que alzaron los titanes en sus luchas desesperadas contra el cielo. Y en verdad que parecía aquel una granítica escalera construída por una legión de Encédalos. La vegetación mostrábase cada vez más escasa y huraña. Las aves no aventurábanse por aquellas alturas ni los monos jugaban entre los riscos y zarzales. La tierra requemada despedía acres olores, las aristas de las peñas resplandecían como metálicas escamas de una armadura de gigante, y delante de nosotros, sudorosos, fatigados, con las piernas entumecidas colgando desmayadamente fuera de los estribos, erguíase la ya cercana cumbre en forma de cono truncado.

De pronto nuestras cabalgaduras negáronse á dar un paso más. Echamos pie á tierra y descansamos media hora, mitigando nuestra sed con el sabroso licor del nunca bien ponderado *marañón*. Reanudamos la marcha.

El sol había alcanzado su zenit cuando por una anchurosa rampa llegamos á la cumbre y pudimos admirar el maravilloso panorama, único objeto de nuestros afanes.

Escalando montones de azufre y lava endurecida, nos asomamos al pavoroso cráter del volcán, cuyos descarnados bordes protegía una doble muralla de granito. Una enorme caverna oscura, peñascosa, fantástica, imponente, que parecía la misma boca del averno, ofrecíase á nuestra contemplación con sus paredes negras, calcinadas, sus gargantas de piedra, sus innumerables grietas llenas de ceniza, de donde surgía un humo espeso y asfijante, sus galerías de azufre y sus salientes de roca que figuraban músculos hinchados en una colérica contorción del cíclope. Alrededor de la tartárea caverna, erguíanse moles de granito formando un inmenso anfiteatro, rematadas por brillantes cristalerías como esas que se forman en los *playones* de nuestros ríos.

No mucho tiempo duró la contemplación, que volcanes doquiera hay y no menos terribles é imponentes, y no es espectáculo que suspenda y maraville tanto como la vista de un enorme caudal de aguas estrellado con espantable fragor en el pétreo fondo de un oscuro precipicio.

Nos dirigimos á un mirador natural, y desde allí contemplamos el espectáculo más variado, sublime y tres veces imponente de cuantos el globo puede ofrecer á humanos ojos.

A nuestros pies, á más de 3,000 metros de profundidad, extendíanse espléndidas llanuras como campos de esmeralda cruzados por innumerables ríos que, desde lo alto, parecían cintas de luciente plata. Todas las cordilleras que forman el nudo central de los Andes en aquella región, descubríanse ante nosotros con sus oscuros vericuetos, sus profundas quiebras, su imponente crestería de picachos y volcanes, suspendiéndonos el ánimo y deslumbrándonos los ojos. Las inmensas llanuras de San Carlos, el valle donde derrama el Reventazón sus líquidos cristales, las selvas impenetrables de la zona atlántica, la meseta central, la montañosa región de Dota, los bellísimos Jurrubales, todo aparecía bañado en la clara luz del sol. Entre aquellas cordilleras coronadas de eterna verdura y aquellos solitarios cerros rematados por crestones de roca que parecían cascos de gigantes con penachos de árboles, cimera brillantada por los rayos solares, lucían pequeñas lagunas como perlas engarzadas en monstruosos anillos. Sobre los picos más altos erguíanse los volcanes (entonces en actividad) Turrialba, Poás y Barba, y más lejos los apagados Orosí, Miravalles y Rincón. Hacia el Pacífico destacábase modestamente el magnético Herradura. Aquellos colosos, los más coronados de humo, presentábanse á mi aguijada fantasía como incensarios eternos encendidos por la mano de subterráneas potestades para glorificar á Dios en el templo grandioso de la Creación.

Allá, hacia San Carlos, invisible á simple vista, pero no al catalejo que para el caso llevaba, lucía, como un espejo al sol, el gran lago de Nicaragua.

Todo este cuadro magnífico de cresterías, lagos, ríos, valles y llanuras, no cantado por ningún Virgilio, si queréis sublimarlo aún más, figuráoslo bajo un cielo límpido, sereno, iluminado por el sol ardiente de los trópicos y limitado ;oh maravilla superior á todo lo imaginable! por dos Océanos.

Colocado en el centro de un istmo que á lo sumo tendrá cincuenta y cinco leguas de anchura, el Irazú domina, único en el globo, al Atlántico y al Pacífico.

A simple vista adviértense los dos Océanos.

Vano es que intente pintaros lo indescriptible. ¿Cómo trazar con la pluma cuadro semejante? Aquella oscura línea de la costa, aquel vivísimo azul de las aguas, aquel cabrilleo de la luz sobre las ondas, aquellos reflejos de esmeralda, el inmenso cristal convertido en un reflector tan poderoso que deslumbraba apenas visto, cual si allá, en el confín del cielo, en la comba del horizonte, millones de focos eléctricos brillaran. ¿cómo describiros tanta maravilla? Imposible es dar la menor idea de tan sublime espectáculo. Se necesitaría un lienzo como el cielo y la paleta de la aurora para pintar cuadro tan estupendo. Ni Milton ni el Dante, se atrevieran á ello, que hay cosas que están fuera del alcance de la humana fantasía y son más para vistas que para leídas.

Absorto, extático, inmóvil, contemplaba el no descrito cuadro, y mil ideas cruzaban en fantásticos enjambres mi imaginación, y ya me creía Belorofonte escalando el Olimpo sobre Pegaso, ya jinete avanzado de la caballería celeste, vigilando desde la cumbre los movimientos de los cíclopes rebeldes. Pues ¿quién, decidme, contemplando la tierra á sus plantas, el cielo

sobre su cabeza y la inmensidad líquida delante, no olvida su pobre naturaleza y se cree Encédalo ó Prometeo? Que á tales extremos lleva la alocada fantasía cuando se encuentra en altura semejante; que á tal conduce la soberbia humana, sin que sean parte á tornarla á la realidad las aspas de un molino ó las estacas de desalmados yangüeses; y así no me maravilla que hombres cuérdos, eruditos y de no vulgar inteligencia, modestos y afables en el llano, se tornen imperiosos, egoístas, altaneros y desapacibles, cuando lor azares de la fortuna ó las artes de la intriga, cuando no los ágiles y fuertes remos de un alazán como el mío, los colocan en la atrevida cumbre del Poder ó de la Gloria, desde donde se descubren tantas y tan variadas cosas que suspenden el ánimo y dan al traste con la profunda moral del más entendido psicólogo.

Y allí me creyera Atlas si el estómago, esa "campana de alarma que nos llama á la realidad", como dice Víctor Hugo, no me arrancara de éxtasis tan profundo.

Mi compañero advirtiómeme á poco que el sol principiaba á declinar, y no juzgando conveniente pasar la noche en la altura, subimos de nuevo á nuestras olvidadas caballerías, y despidiéndonos del volcán con muy graves y sesudas razones referentes á su temperamento algo más que volcánico, comenzamos el descenso.

A las doce de la noche llegamos á las faldas del coloso.

Jamás olvidaré aquel espectáculo sublime; pasarán los años, y siempre estaré viendo aquellas cresterías imponentes y aquellos océanos de brillante plata, que mi excelente amigo el Sr. Pando, pacientísimos lectores, os describirá algún día con la pluma enaltecedora de los encantos de Somió, si se decide á pasar el charco y á subir á la americana cumbre.

ROGELIO FERNÁNDEZ GUELL

Madrid. (*Unión Ibero-Americana.*)

(Costarricense).

BONANZA

Para Páginas Ilustradas

Cuando el recio aquilón de mis pesares,
Con ímpetus hurraños,
Me hundió en el fondo de agitados mares
De negros desengaños,

Cuando el dolor, torciéndose en mi pecho,
A modo de serpiente,
Ardiendo en ira, con tenaz despecho,
Me inoculó el veneno de su diente,

Como una estrella, solitaria y pura,
Luciendo un nimbo de candor radiante,
Cual de Petrarca la inmortal Laura
O cual la virgen que soñara el Dante,

Apareciste presagiando calma
En el mar de mis negras tempestades
Y despejaste el huracán de mi alma
Bañándola de hermosas claridades!

LISÍMACO CHAVARRÍA

Fot. Paynter

COSTA RICA.—VISTA DE UNA GRUTA EN LA COSTA ATLÁNTICA



Nuestras ardillas

Bajo el nombre de «Revision of the squirrels of Mexico and Central América» publicó la academia de ciencias de Washington un valioso estudio, hecho por el profesor E. W. Nelson sobre las ardillas centroamericanas. Trabajo interesante, que contiene más de cien páginas y dos planchas de grabados. Después de la introducción, hace el profesor Nelson una reseña histórica de las investigaciones publicadas sobre este asunto desde 1829, con gran acopio de referencias y noticias, que atestiguan de manera evidente la existencia de cuarenta y tres especies y variedades de ardillas desde los límites meridionales de los Estados Unidos hasta nuestros confines con Colombia. Nadie con mayor propiedad se ha ocupado hasta ahora de este grupo de los mamíferos tropicales americanos, pues además de contar con la colaboración de las personas y colecciones de más importancia, el profesor Nelson ha explorado personalmente la parte occidental de Guatemala y el extenso suelo mexicano repetidas veces, de Norte á Sur y de mar á mar, recorriendo sucesivamente la ruta seguida por cada uno de los naturalistas que le han precedido y visitando todas las localidades correspondientes á los diversos tipos de especies ya descritas, con lo cual pudo obtener series completas de ejemplares disecados, que llenan los vacíos dejados en blanco por otros exploradores.

En nuestro pequeño trabajo sobre «Mamíferos de Costa Rica» publicado hace algún tiempo, agrupamos bajo una sola denominación las ardillas que viven en la altiplanicie central y en nuestra costa del Pacífico, siguiendo así á la *Biología Centrali Americana*, por más que hacíamos notar la gran variedad de coloración que presentan, en que aparecen los tintes negro, rojizo, gris y blanco con todas sus variedades. En el estudio á que ahora nos referimos, cuyas conclusiones se basan en especímenes colectados en la Carpintera, San José, Alajuela, San Mateo, Bebedero, Liberia y Nicoya, con gran cantidad de material, se establecen dos formas bien distintas. Ya en 1867, el Doctor Gray había separado la forma nicoyana; mas su reducido número de ejemplares colectados en aquella época no dió estabilidad á la nueva forma; hoy con el libro del profesor Nelson, nuestras ardillas se hallan clasificadas en cuatro especies, en lugar de tres que consigna mi publicación, y este es el objeto de las presentes líneas, á fin de que el señor profesor Biolley y sus alumnos se sirvan hacer esta pequeña corrección á mi trabajo.

Se deben considerar, pues, como ardillas de Costa Rica las siguientes especies:

Sciurus Thomasi, Nelson.

Sciurus Adolphei dorsalis (Gray)

Sciurus astuans Hoffmanni, Peters.

Sciurus Alfari, Allen.

Quiero, además, aprovechar esta oportunidad para manifestar al profesor Nelson mi gratitud y respeto distinguidos.

A. ALFARO

Multitud de gente agolpábase á la puerta de una casa de la calle de Alcalá.

Un individuo había sido atropellado por un automóvil que iba en veloz carrera.

El sujeto atropellado había sufrido tan grandes contusiones, que habiendo perdido el conocimiento, fué conducido por dos agentes de orden público á aquel portal hasta que en un coche *simón* le trasladaron á una Casa de Socorro.

Después de la primera cura fué llevado á su domicilio, según varias tarjetas que se le encontraron en uno de los bolsillos de su gabán; pues el herido apenas si articulaba palabra.

Entre las tarjetas y diversos papeles, hallábanse también unos guantes, que por su forma y tamaño, pues que tenían cuatro botones, debían ser de señora.

* * *

Pasaron algunos días, y como Carlos se encontrara ya mejor, comenzó Leonor á leer los periódicos por ver como referían el incidente ocurrido á su marido.

Cuando leyó que le fueron encontrados unos guantes, no pudo seguir. Los celos le hacían suponer que su marido compartía con otra mujer el cariño que á ella sola le correspondía. Ciega de cólera concibió la idea de venganza. Para ello, era menester que Carlos no sospechase que conocía su infidelidad, y revistiéndose de paciencia, guardó aquellos guantes por si algún día pudieran servirle de prueba.

* * *

Una tarde que el enfermo se levantaba ya, fué á sentarse al lado de su esposa. Esta, con la astucia propia de las mujeres, procuró que la conversación recayera sobre el accidente ocurrido á su marido, y le estimuló á que leyese en los periódicos tan fatal suceso.

Carlos leía.

Leonor temblaba de ira á la vez que celebraba la ocasión de hablar con su marido de un asunto que tanto le mortificaba, pues si bien había concebido la idea de venganza, no la había realizado porque amaba lo bastante á su esposo para serle infiel.

Carlos, al leer el relato de los guantes que le fueron encontrados en su gabán, quedóse pensativo, y no recordando la causa de ello, creyó que tenía su cabeza trastornada, efecto del estado débil en que se hallaba.

Leonor, entre tanto, le contemplaba con asombro, pues no comprendía tanta tranquilidad cuando para ella había llegado el momento de que su marido se declarase culpable.

Pasó un rato en silencio, hasta que éste prorrumpió:

—¿Qué es esto, Leonor, deliro yo, ó es que mi vista me engaña?... Porque no recuerdo

—Cómo es que no lo recuerdas ¡bribón! cuando ahí tienes la prueba. Y arrojó á la cara de su esposo aquellos guantes que tantos días había guardado.

Absorto quedóse al pronto Carlos, y después de darles vueltas entre sus manos, prorrumpió en fuertes carcajadas.

—Ven aquí—dijo á su mujer—que ciega de celos se resistía á obedecerle. Ven, que ahora te explicaré la historia de estos guantes, que afortunadamente he recordado, pues de no ser así, hubiera sido causa de un gran disgusto.

¿Te acuerdas—prosiguió—que una tarde, de vuelta de paseo, al entrar en una confitería, cerca ya de casa por cierto, te quitaste los guantes para darle un dulce á Arturito que se empeñaba en mancharse el traje que había estrenado precisamente aquel día?

¿No te acuerdas que yo me los guardé, sin que tú me los pidieras al llegar á casa, ni yo me acordase de dárteles después?

Y Leonor examinándolos, vió que en efecto eran suyos, pues en el fondo hallábanse escritas sus iniciales, costumbre que ella tenía en todos los que compraba; y, recobrando su tranquilidad, loca de alegría, estampó un beso en la pálida mejilla de Carlos.

Este hizo lo propio, y aquellos besos fueron los primeros que se habían dado desde el día del fatal accidente.

La nueva línea

de ferrocarril inglesa del Cabo al Cairo

El principal objeto de Inglaterra en Africa es la sistemática formación de su gran imperio africano que debe extenderse de Norte á Sur del negro continente. A este objeto une ya una línea telegráfica el Cabo y el Cairo y estos dos puntos, que están á 10,000 km. de distancia, por lo tanto la cuarta parte de la circunferencia terrestre, pronto estarán en comunicación por medio de un ferrocarril. De Karanga, la estación más al Norte sobre el lago Nyassa va el telégrafo en dirección NO. hacia el lago Tanganyka, cuya orilla Oeste sigue en el Estado del Congo, atraviesa luego en un trozo de 400 km. el territorio alemán para ganar la orilla Este del lago Victoria Nyassa. Llega así á Uganda.

La instalación de esta colosal línea telegráfica se llevó á cabo por una expedición que se componía solamente de 10 blancos y 1,000 negros. Los trabajos de instalación se dividieron así: una primera sección de 2 blancos y 200 negros señalaba la dirección de la línea y allanó el camino en una anchura de 4'5 m., el que una segunda sección compuesta como la primera ensanchó aun más, un tercer grupo hacía los hoyos para los postes, y un cuarto los colocaba y el último procedió á la colocación de los hilos. Los postes son de hierro contruñidos en Inglaterra y expedidos al Africa. Pesan 75 kg. y tiene 4'25 m. de alto. También emplearon postes más altos y pesados cuando los accidentes del terreno exigían dejar una mayor separación. Por lo tanto, no es raro ver separaciones de postes de 200 y 250 m. En ciertos lugares fué preciso emplear alambres de grueso excesivo, pues los monos que allí habitan usan los hilos telegráficos con predilección para sus ejercicios gimnásticos, rompiendo á menudo los hilos con sus atolondrados movimientos.

En lo que á la construcción del ferrocarril se refiere, se ejecuta completamente de acuerdo con los proyectos de los ingenieros. Debe establecer la comunicación entre el Cabo y la orilla del río Zambeze y actualmente se trabaja con actividad en la construcción del gran puente metálico que debe salvar dicho río. Por el otro lado del mismo continuará la línea hasta el Sur del lago Tanganyka, que se pasará con la ayuda de vapores. Otro trozo de ferrocarril unirá este lago con el lago Alberto. Las restantes vías de comunicación hasta el Cairo son los grandes lagos, el Nilo y los ferrocarriles egipcios.

Algunos años atrás, para andar la enorme distancia entre el Cabo y Cairo, se necesitaban cerca de cuatro meses. El viaje del Cabo á Bulawayo (1,920 km.) requería tres días de ferrocarril, y de Bulawayo al lago Tanganyka otros tres días más de ferrocarril también. La travesía del lago por vapores duraba tres días, del lago Tanganyka al Alberto cincuenta días en carruaje y vapor; del lago Alberto á Chattun por vapor, también cincuenta días y de allí al Cairo cuatro días, ó sea en junto cerca de cuatro meses. Una vez esté terminado el ferrocarril, se hará la travesía en menos de un mes. Las principales estaciones de esta línea entre los dos extremos serán Bulawayo, Zambeze, lago Tanganyka, Congo francés, Faschoda y el Nilo. Con la construcción de este ferrocarril habrá un increíble aumento del cultivo del territorio atravesado, especialmente en la explotación de minas, industria y agricultura de la rica Rodesia.